

Mariano Latorre

Carlos Acuña, poeta del Maule⁽¹⁾

EL MEDIO



UN amigo trashumante, conocedor de Chile y de las características de hombres y de tierras, me dijo en cierta ocasión:

—¿Se ha fijado Ud. que la provincia del Maule repite en pequeño la configuración de Chile y es casi como un Chile en miniatura?

Respondí que no había reparado en la analogía, pero algún tiempo después, al recorrer a caballo y en auto casi todos los cerros y valles de la tierra natal, comprobé la exactitud de la observación de mi amigo.

Desde luego, una larga costa cierra con un muro de rocas y de olas, los pequeños valles y las planicies abiertas y otro muro de cerros y colinas, separa al Maule del fértil verdor del valle central.

Es como una gran cordillera que empezara a desmoronarse:

(1) Prólogo del libro «Baladas criollas», próximo a publicarse en la Editorial Nascimento.

En sus quebradas, tajos profundos de la piedra, de vertientes misteriosas nacen ríos y arroyos que se apagan en los veranos y agonizan, entonces, entre lamas podridas y lodo endurecido, si no muestran al sol las piedras reseca de su cauce y las lagartijas brillan a la luz, donde antes los bagres y pejerreyes rompían con sus aletas el sueño del remanso.

El curso de estos ríos y esteros que riegan y fertilizan pequeños cajones, es lento y poético.

De entre riscos abruptos, vestidos de canelos y paguaguas, se despeñan bullidores. Se aquietan pronto en la paz de las vegas, bajo el cortinaje de viejos sauces y olorosos culenes y llegan a la playa, abriéndose camino en la arena oscura del mar que, juguetón y obstinado, ensancha sus bocas y convierte el arroyo en una laguna pintoresca, que engastan las totoras con su cerca de lanzas verdinegras.

El agua clara de los cerros, unida al agua salobre, determina un medio propicio, en que viven y prosperan las lisas de blanca fibra, las sabrosas truchas y la ágil y plateada escuadra de los pejerreyes, aguzados como puñales.

Y la garza aristocrática y el flamenco multicolor y la tagüita obscura, si no es la teoría blanca de las gaviotas y los caulles, animan con sus vuelos de pesca y sus agrios chillidos, el sueño azul del pequeño estuario.

La cordillera costeña no fué, a la llegada de los españoles, el estéril amontonamiento de cerros, cortados por vegas y vallecitos fértiles de hoy.

Una selva tupida y verdinegra vistió las redondeadas lomàs, los puntiagudos cerros y desbordó de follaje en las quebradas.

Rey de esa selva era el recio roble maulino, a quien el agrio terrón dió casi consistencia de acero.

No era un brazo, liso y erguido como el de los pellines de la selva austral, sino el brazo y la mano de musculosos gajos; y esta conformación dada por la tierra misma, permitió a los calafates de los primeros astilleros, instalados por los jesuitas en la boca del Maule, labrar las rodas y codastes de los bergantines y goletas que llevaron los productos de la tierra a la costas lejanas del Perú y Ecuador,

Y junto al roble valioso, el alto coigüe de copa plateada y los boldos y espinos que, hechos carbón, transportaron las pequeñas carretas serranas a los pueblos nacidos en la costa.

En esta selva, donde el hacha incansable del encomendero derribó los árboles más excelsos, se cuajó el copihue, alma de la selva hecha flor.

Rojo, como un fragmento de aurora enredado entre la hojarasca. Rosa, como un arrebol que la escarcha hubiera endurecido o de un blancor de luna, ligeramente tocado de oro o de una palidez exangüe, rayada de leves venas violetas.

Caseríos y aldeas, pueblos y ciudades, toda la vida del Maule nació de estas lejanas explotaciones coloniales, a las cuales el oro descubierto en quebradas y

esteros prestó durante un tiempo un ficticio fulgor legendario y aventurero.

Durante siglos, indios y mestizos de las encomiendas del Corregimiento de Maule, lavaron en primitivas callanas de madera, el polvo de oro, mezclado a las arenas, o las pepitas, escondidas en los alvéolos de la piedra cuarzosa.

El Maule no fué heroico en la conquista ni rebelde en el coloniaje.

Semejante a los huiliches de Chiloé, los indios de la costa fueron amigos de los españoles.

Sin embargo, el cronista Ovalle habla de unos indios riberanos, astutos y andadores, que Lautaro incorporó como guías de las masas de indios que saquearon a Concepción e iban a la conquista de Santiago por las serranías de la costa.

Usaban estos indios de Nirivilo y de Mingres, como lo explican sus nombres mapuches, cueros de culebras o colas de zorro, a guisa de distintivos de su carácter y aficiones cazadoras y esto acusa ya una astucia innata, la misma que distinguirá más tarde al campesino del Maule, su heredero natural.

Se plasmó el tipo mestizo de los cerros con el predominio del antecesor español en la regularidad de los rasgos fisonómicos y la verde clara luz de las pupilas; pero el abuelo indígena escondió su cabeza de zorro, en lo más hondo de su naturaleza, como en una caverna inaccesible.

En los claros abiertos en la selva, nació una prodigiosa vida agrícola.

Trigales de macolladas espigas, viñedos, pesados de jugosa uva y al roble y al coigüe, en las cercanías de los ranchos y en las huertas de las aldeas, les sucedieron los perales de bronceadas pomos y las cápsulas, rebosantes de almíbar, de higueras y duraznos.

Y los pastizales exuberantes crecieron entre los troncos derribados, espesa alfombra de hierbas indígenas que hizo vivir a las vacadas ariscas y a los ágiles venados y a los pumas y a los zorros, sus enemigos seculares.

Famosos fueron los trigos de la costa de Chile y los cereales de las vegas y los mostos sustanciosos, res-tregados en tradicionales zarandas de colihue.

A California primero, y al Perú más tarde, los veleros de la casa Serdio, antecesora española de Williamson y Grace, los embarcaron en los puertos creados por los armadores gallegos en la costa chilena.

San Antonio, Matanzas, Constitución, Curanipe y Buchupureo, donde aun quedan los muelles destruidos por el mar, y las bodegas de recia viguetería de pellín maulino, transformadas en casas de verano.

Y luego la decadencia.

La tierra, adelgazada por las lluvias que arrastraron al fondo de los valles el fecundo migajón de las planicies, partidas a menudo por barrancos de greda color de sangre y la selva dominadora, reducida por el hacha incansable a miserables renuevos, donde ni

los zorzales ni las tencas encuentran los modestos granos de su alimentación.

La agonía de las aldeas despobladas, antes hirvientes de huasos reidores y de carretas, cargadas de madera, trigo o maíz, y la muerte de los pueblos Buchupureo y Curanipe, donde resonó el martillo del calafate y en el oleaje, empenachado de espuma, se balanceó el vientre de las goletas y lanchones.

Sin embargo, en las tierras negras de la costa, fecundadas por el hálito de las mareas, la lenteja alza entre los húmedos terrones su espiga modesta, y en la época de las trillas, de los grandes montones de hierbas secas, surge el disco minúsculo del grano, tan valioso como la pepita de oro de los lavaderos.

Y ajeno a la agonía de la tierra, el mar deshace sus moles de agua en las rocas donde el lobo marino, incansable pescador, aúlla sus amores bárbaros y la corvina y la sierra, rompen con la flecha viscosa de sus cuerpos, el desorden de las mareas, en persecución del banco de sardinas que va a estrellarse contra la costa, decorando, a veces, con una orla de plata viva, la negra medialuna de la playa.

La paulatina restricción del medio acentuó en el campesino del Maule la astucia heredada y la hizo su única defensa biológica.

Ante la miseria y ante el crimen, la cabeza de zorro del maulino, asomó sus ojos zahareños y sus orejas movibles, siempre en acecho de todo rumor sospechoso.

Como las chillas y culpeos, únicos sobrevivientes

de la fauna de la antigua selva, los campesinos hicieron de la pobreza casi una norma de vida y el ulpo o el chercan, fueron su alimento habitual, si el mingaco no les daba en la trilla o en la cava de la viña, la cazuela común o el hambre, real y trágica de los inviernos, no los impulsaba a carnear la oveja o la vaquilla del rebaño del patrón, sin miedo alguno al castigo cruel que podía sobrevenir.

Y el hambre sistemática, engendra incluso, una filosofía, diametralmente opuesta a la del huaso campechano del valle central, alegre y ahito.

Un visitante de la ciudad se admira al oír a un serrano explicarle el número de mujeres, hombres y niños que viven en un pañizuelo de cerros, no más grande que la plaza de un pueblo maulino.

Y el serrano contesta, sonriéndose:

—Más pequeño es el cementerio y caben muchos.

Filosofía de resignación que caracteriza a la mayoría de los campesinos que se han quedado en los cerros, sujetos a la tierra estéril como los escasos robles en las escarpas de las lomas o en sus cuevas inaccesibles, los zorros y culpeos.

Pero no todos los habitantes de la Cordillera de la Costa se han amoldado a la miseria trágica de esta vida.

Muchos emigraron y al salir de la tierra, su personalidad se desarrolló en forma inesperada.

De ellos, en épocas propicias, se formaron los guaynes de las lanchas planas que, con su vela cuadra,

inflada de sur o de norte, rompían el agua correntosa del Loncomilla o del Maule, el ancho cuenco del casco repleto de sacos de harina, o de pipas del mosto ribereño o de veraneantes bulliciosos que en primitivos carruajes venían de Talca y se embarcaban a Perales hacia las playas maulinas.

En el hervor de las correntadas, la lancha plana suele atascarse en las redondas piedras del río, aunque la enorme vela, doblando el mástil de hualle, se llene de aire, a punto de reventar.

Los guanayes cogen entonces el cable, sujeto a la proa. Se hunde la cuerda, al recio tirón, en el hombro de bronce del guanay y afirmando los pies endurecidos en la arena gredosa de la orilla, al compás de un sordo ululato, la pesada barcaza vuelve a ponerse a flote.

El campesino de las tierras secas, hijo del huana-hue colonial, se hizo hombre de mar, manejando la espadilla, los grandes remos o las elementales escotas de la vela cuadra, chasqueante al viento, encajonado entre cerros, mullidos de selva, como las húmedas camisas de tocuyo de los remadores.

De la lancha plana fluvial al lanchón marineró, repleto de rodelas de espino o de hualle o de sacos de carbón de los cerros que, salvando en un instante afortunado el torbellino de la barra, iban hacia el norte de Chile o al sur del Perú, no había sino un paso y otro, a la goleta o al bergantín o al vapor de cabotaje.

El maulino, descontento de su vida, se hizo mari-

nero, si el azar, en un veleidoso golpe de ala, no lo arrojó a la vida peligrosa y en las quebradas de la cordillera de la costa o en los llanos fértiles del llano central, durante un siglo, asaltaron las casas de los fundos o arrearon el ganado de los potreros, sembrando el terror en el aislamiento de los campos, apenas guardados en aquellos tiempos por bisoñas policías rurales.

Paulino Díaz, El Cenizo, amigo y maestro de Neira, célebre entre los cerrillanos de Teno, El Ralo, caballeresco y generoso, como Diego Corrientes, el sanguinario Campiño y Domingo Persona, huaso atildado y astuto de los últimos años, dieron material inagotable al corrido y a la conseja popular, mester de bandolería, tan rico de aventura y colorido en el folcklore maulino.

EL INTERPRETE

He ahí el medio, esbozado a grandes rasgos.

Con elementos de ese paisaje y con característica de esos campesinos, ha nutrido Carlos Acuña, hidalgo maulino de pura cepa, la esencia de su obra literaria.

Nadie ha visto con mayor justeza la peculiaridad de los cerros costeros y el espíritu de sus costumbres actuales.

Es el Maule mismo que se ha hecho literatura en los relatos en prosa y en los poemas, unidos entre sí como a la vega húmeda, paréntesis poético del cerro,

se une la loma gris o el faldeo donde verdea el pámpano o se alza el índice de oro de la espiga y como el ala rastrera del tordo o de la tenca, el vuelo dominador del aguilucho o del jote.

No es el espectador objetivo que describe el detalle típico, conservado en los rincones de la tierra por un milagro de aislamiento, sino el hombre ligado a la tierra por la tradición que la ha recorrido desde niño en las heredades de sus mayores, durante las dichas vacaciones de colegial o de adulto; y la tierra, generosa, le devuelve su afecto en luz de amanecer o ceniza de crepúsculo, en sabor de fruta, trino de pájaro o sinfonía de viento.

Y a la gracia del gorjeo, el regusto del mosto y el olor del espino en primavera.

Hay en el Maule y esto lo desconocen los chilenos del resto de Chile, una raíz poética, original y profunda.

La tierra hosca ha comunicado al maulino su angustiosa desolación. Un pasado abundante y un presente pobre, engendra una reacción rebelde y oscura.

Reacción que estalla en áspero grito de protesta, ulular de guanay, tirando la lancha plana o rugido de bandolero en el salteo o alegría animal en la trilla, plena de gritos bravíos y de chasquidos de rebenque, en las grupas sudorosas de las yeguas trilladoras.

Ni en el Norte místico, ni en el académico Santiago ni en la tendencia épica del Sur, encontramos esta nota

elegíaca que la tierra maulina ha dado a sus intérpretes, los populares y los letrados.

En el pasado colonial del Maule aparece la trágica figura del pallador Taguada, el tordo maulino, como lo llama su vencedor, el joven Javier de la Rosa.

Ha emigrado del Maule con una veta de oro poético en su cabeza obscura de mestizo.

A todos los palladores de Chile los ha vencido su gracia oportuna y su abundancia verbal.

Yo soy Taguada el maulino,
famoso en el mar y en tierra,
en el Huasco y en Coquimbo,
en el Fuerte y Ciudadela.

Pero es derrotado inesperadamente por uno de esos patrones campesinos, impregnados del alma y del lenguaje populares, tan frecuentes en la vida colonial de Chile, don Javier de la Rosa; y Taguada no sobrevive a su derrota.

Calladamente se desliza de la fonda donde ha muerto su reputación de pallador. Es el atardecer. Una colina obscura se perfila contra el cielo, punteado de estrellas.

De improviso, se dobla como un viejo boldo o un espino del Cerro, tronchado por la furia del Norte o el golpe del surazo costero.

Silenciosamente, se ha abierto el vientre con su corvo puntiagudo.

En los corridos que se recitan en la Pascua o en la alegría de la trilla o de la vendimia o en la tonada, flor lírica de esos romances, la nota melancólica, de resignación sin esperanza, pero de emoción aguda, distingue a los cantos populares del Maule de los del resto de Chile y se comunica inconscientemente a los poetas cultos, hijos de la región.

Jorge González y Armando Ulloa, por ejemplo, al evocar los paisajes del Maule, senderos rojos que ciñen los cerros o pompa blanca del peral en primavera o trágica miseria del rancho empobrecido, han hecho de la tierra en agonía casi un símbolo de Chile entero.

Y en otros menos líricos, Pablo de Rokha y Eusebio Ibar, el descontento latente del maulino se ha hecho revolucionaria modalidad estética o humorístico desdén ante el maulino actual, huaso cazurro y pequeño, siempre a la defensiva,

Tan hondamente el verdadero maulino siente el alma agreste de la tierra nativa que Francisco Contreras, hijo de Quirihue, escribe en París, en francés, su «Montaña Embrujada» y su «Aldea Maravillosa», estilizando las costumbres campesinas y las supersticiones semi-indígenas del valle de Lonquén, al sur del Maule. Así Acuña, que nunca vivió en el campo, ni su familia ancestralmente urbana, pero que siempre poseyó y posee propiedades agrícolas.

Carlos Acuña, más realista, ni exagera ni estiliza demasiado,

Tiene un sentido innato de la medida. La observa-

ción exacta es la raíz vital de su poesía. No se ahoga en sentimentalismos ni se deshace en ironías.

La tierra está frente a sus ojos, iluminada de sol o coronada de penachos de olas, con sus huasos prácticos y sus mujeres fuertes.

Pero el poeta ha de predominar sobre el prosista, desde sus primeros ensayos.

Sugestivo síntoma de esta modalidad lírica de Acuña son sus bosquejos juveniles «Floración Agreste» y «A flor de tierra», en que la prosa está mezclada con el verso.

En «Vaso de Arcilla» es el poeta el que habla, dueño de su voz y de su asunto.

Vaso de Arcilla: título admirable por su justeza maullina, porque sugiere aspectos típicos de la vida de los cerros.

Desde luego, la greda roja de las colinas que los alfareros serranos emplearon para las tinajas de las bodegas y para las callanas y olletas de los ranchos, quizá para los adobes de las tradicionales viviendas cordilleranas.

El espíritu del poeta ha ennoblecido la materia rústica, la vasija primitiva y el vaso de arcilla se ha llenado con la esencia de la tierra hecha poesía, oro líquido de metáforas, olorosa florescencia de almas sencillas.

El cerro, arañado de espinos, dolientes espinos viejos que crecéis en el agrio terrón lejano, la moza que adorna su blusa de percala con

la bien oliente albahaca, recién cortada en el huerto o el huaso que se acerca con su poncho policromado, puesto sobre el hombro vigoroso.

Y la diuca mañanera y la lloica trinadora y el tor-do estival, ahito de maqui y de boldo de la quebrada.

La nota auténtica, ingrávida comunión del poeta con el paisaje, pocos la han logrado en Chile como Acuña y los versos se unen en la estrofa con la sencillez armónica de los pétalos en la maravilla del copihue.

Los poetas de América, ahí están Gutiérrez González de Colombia o Ildefonso Pereda Valdés del Uruguay, han descrito el cultivo del maíz o del café o han estilizado en demasía el lenguaje de los gauchos, convirtiendo el caramillo pastoril en una flauta de orquesta, de plateadas llaves y barnizado tubo.

Y los españoles Gabriel y Galán y Chamizo han teatralizado en forma lacrimosa las costumbres del campesino de Castilla y Extremadura.

En Acuña no se rompe nunca el equilibrio. La tierra conserva su carácter y el poeta vigila, avizor y vibrante.

Aun en sus relatos en prosa, se manifiesta Acuña íntegramente poeta. Su predilección por los tipos femeninos, por ejemplo.

Capachito, La Vicha, La Trini, Juanita, La Losera, Mingaco, La Cachi, son las heroínas predilectas, aunque haya algunos hombres como El Chonta y El Chano, trazados con sobrio dibujo y recia enjundia humana.

Y hasta el subtítulo de algunos de sus relatos, recuerdos de mocedad, exteriorizan el impulso lírico que los hizo nacer.

Se me ocurren sus cuentos como acotaciones del drama de sus poemas, pues su calidad psicológica y descriptiva los hermana con sus poesías de «Vaso de Arcilla» y sobre todo con estas baladas criollas tan acertadamente bautizadas por Acuña, la más alta expresión hasta ahora de su temperamento.

La balada criolla mezcla artísticamente el paisaje y el sentimiento, la narración y la subjetividad, creando un nuevo género en la literatura de habla española.

La balada tiene un lejano origen germánico.

La leyenda, estilizada por la fantasía del autor, constituye su esencia y se dramatiza, mediante un diálogo rápido, síntesis de la acción.

Goethe la popularizó con su «Rey de los Alisos» y su «Juglar», evocaciones de cuentos medievales.

En España, el género no ha tenido cultivadores. Quizás las doloras de Campoamor sean una derivación meridional del género.

Sin embargo, los villancicos, cantados en nadales y antruejos, herederos de las vaqueiras y serranillas que la poesía provenzal engendró en los cancioneros galai-co portugueses (1) y éstos en la lírica castellana, pudieran considerarse como ensayos de las baladas nór-

(1) Acuña (Da Cunha) es apellido portugués. Cristóbal de Acuña Oliveira, venido a la conquista en 1585, vecino del Maule. Su hijo, Andrés, avcindado en Chillán, militar como el anterior.

dicas, por el motivo rural o marítimo y por el diálogo que las animaba.

Ignoro si Carlos Acuña tuvo la idea de sus baladas criollas en estas fuentes ante clásicas y leyó, como Darío, los cancioneros de los siglos XIV y XV.

De todas maneras, sus baladas se acercan por la fusión del paisaje y de la acción, a las baladas germánicas y constituyen algo así como un resumen de su temperamento.

El poeta ha dado la síntesis; el novelista, la observación real. Y el ensamble de ambas calidades, la balada criolla.

He ahí el milagro, cuando la vida se hace creación en la sensibilidad de un verdadero poeta.

Tan maestramente el folklore se ha disuelto en la estilización literaria, que algunas de estas baladas, «Cantaba el pidén», por ejemplo, las ha adaptado el pueblo, cantándolas con una música adecuada.

Incluso, los cantares populares y los poetas criollos, las han imitado. Ignacio Verdugo, por ejemplo, en sus «Rapsodias populares».

Empieza el libro de Acuña con una invocación a la tierra de la mocedad.

El romance revive el campo de la niñez;

Mojaré mi fauce seca
en la boca del corral;
yantaré del trigo rubio
que las mozas lavarán

y la harina de la piedra,
en mis labios blanqueará,
en esta hambre y sed benditas
con que torno a mi heredad.

Harina del pequeño trival y leche ordeñada en el
oro de una aurora cordillerana.

Harina que se va tornando blanca como leche, al
deshacerse el covin bajo la mano de la piedra de
moler y bajo la mano morena de la moledora.

Y lo real: es fiesta de luces vivas que
incendia los ponchos y el cuero de los
arros, se funde con lo subjetivo, la rabia del viejo
patrón al cerciorarse que sus peones son incapaces de
enlazar la vaquilla brava, cuyos dos cuernos
filos de lanza dan al sol.

Surge, entonces, el cachorro. La espuela se
clava en el caballo y al reto del padre responde:

—No, padre, iré yo;
y hay en sus ojos, aun de niño,
una viril resolución.

Y ya callado el vocerío,
cuando, por fin, llega el patrón,
dice, estrechándolo en sus brazos.

—¿Veis? ¡El cachorro al león salió!

El endecasílabo, de pausado ritmo, se adapta en
forma admirable a la lenta actividad del rodeo, con

los súbitos galopes de los jinetes y las inesperadas carreras de las reses.

Junto a esta balada bravía y elemental, la ágil gracia de las Mozas del Tutuvén, que, en su combinación de tetrasílabos y heptasílabos y en su frescura campesina, recuerda a la vaqueira del siglo XV, rediviva en tierras de América.

Las mozas
son de rosas
y de gracia trigueña.
Si el caminante pasa
con sus labios de rosa
sueña . . .

En la «Balada de la espuela», la espuela firme del tintín de plata, aparece la nota trágica del campo.

El jinete avanza en la noche en busca de la amada.

—Sientes?

—Sí, tal como una campanita.

—Es la espuela que grita
que muy cerca está ya.

Ya baja del caballo ¿Lo has oído?

En el balcón dos rostros se han fundido.

Y luego el drama en la sombra. El tiro que parte el negro cristal de la noche.

Lo encontró en la mañana el ovejero
con el alba alumbrada del lucero.
Estaba muerto y, al moverlo, el son
se oyó, en la espuela del tintín de plata.

El argentino choque de los rayos de metal de la espuela es el «leif motif» de la balada y algo así como la exteriorización del ansia sensual, en una de estas malas pasiones, tan comunes en la elementalidad de la vida rural.

En «Cantaba el pidén», la más popular de estas baladas, Acuña recoge, estilizada, la nota elegíaca del campo, como «El ulpo» nos describe la bondad tradicional del inquilino de los cerros.

Es la siesta serrana. Una nota de oro cálido hace danzar al paisaje,

Los novios, él es hijo del patrón, ella su prima,
llegan al rancho de excursión.

Cariñosa, la gente del rancho sale a la ramada provisional, que es como una prolongación del corredor campesino:

—Tome asiento, patroncita,
y usté, en el piso, patrón;
el rancho es chico, qué hacele,
pero es grande el corazón.

El hombre desborda alegría. Quiere festejar a sus patrones. Su verba huasa la puntualiza acertadamente el poeta:

¡Si supieran lo contento,
mis patroncitos que estoy!

¡Si tiene toda la pinta
de mi finado señor,
y ella, su primita linda,
parece una bendición!

Y en el ulpo moreno, en viejo vaso, pero con el
agua del estero, es la tierra la que se van a beber los
novios.

—Sabroso el ulpo, muy rico,
me dijeron al adiós;
que no ha de ser cosa buena
si lo comen entre dos;
y en la harinita tostada
la miel la puso el amor.

Variadas y originales, estas baladas criollas pintan
el campo y el alma del campo.

No abandona Acuña un instante estos dos elemen-
tos estéticos que constituyen, para mí, el secreto de su
arte, la clave de su auténtica sinfonía maulina.

Si «El poncho», en que los dodecasílabos anudados
y fuertes, semejan los hilos tirantes que se entrecruzan
en el rústico telar, evoca la faena primitiva de los te-
jidos, en «Por esta cruz» es la nota sombría de la ven-
ganza y «Avellanita», la tonada popular elevada a la
dignidad literaria, como en Andalucía, los Machados

y García Lorca, lo han hecho con las coplas, las saetas y los romances de bandidos de Sierra Morena y la Alpujarra.

Carlos Acuña, al crear su bello libro, ha sentido sinceramente el rincón nativo y ha dejado manar, sin esfuerzo, la vertiente de su emoción.

Por eso, ni la metáfora artificiosa ni el malabaris-
mo métrico, hacen falta en la clásica perfección de sus estrofas.

Tan hondamente ha sentido a su tierra Acuña, también la mía, en estas baladas criollas, que las palabras de Flaubert, al recordar su costa bretona, acuden a mi memoria con la fresca ternura de su sinceridad:

«Hay rincones de la tierra que quisiéramos estrechar contra nuestro corazón».